

lta de méi-
sas travesu-
las cosas de
la victoria.
s, si no bas-
semisomrisa
eclama esto
ma ovación
reputación.
o diez años
no ó diez y

amos negar
el caso de
arar á nues-
rrilla se al-
munerados
aban en ap-
cuya única
ser y no fué

ante de es
o su núme-
l cababa de
aquella pe-
or; toda la
ida y triun-
ómo no lo
iente, fácil
enviase al
e los varios
evelando al
colocando
s trastoca-
asado, y la
e... Era un
una obra
ascenso, á
licos y edi-
erfa sobre
! Y, como
os desen-
aban parte
llá en los
oria. «No
ente.—Mi
completo
la, aunque
a avergon-
sito...»

i su mane-
ntre en el
id profun-
idad, ilu-
lor de que
de que el
o demos-
alabra sa-
irma ó se
ico no se
se mofa,

sus tado-
desastre,
no el que
la de sal-
i nombre

yo tam-
ntalismo,
ber resis-
se puede
, la tinta

o; pero ya
periciencia
edia, de
a la vani-
r, desco-
mbrado,
una deu-
za de sus
tamente.
¿Acá-
caso me
o, que á
to vital?
resuelve
imiento?
nida, en-

AZÁN.

e, 1910.

nes de un espíritu, que es imposible no calificar de privilegiado.

Pero serán siempre el monumento de su apostasía. Porque todo el que nace tan especialmente condicionado para el arte como Tolstoy, es apóstata al consagrarse á otros fines. Y, debiendo todos saber lo que valen y cuál es la verdadera aptitud que poseen, mucho más después de haberla demostrado, siempre constituirá transgresión el abandonarla, prefiriendo aquello para lo cual no servimos.

Mirada á esta luz, la vida de Tolstoy es una vida que se frustró en gran parte. Y después veremos cómo, en determinado aspecto, se frustró del todo, aunque parezca otra cosa.

Puede la vida de Tolstoy dividirse en tres etapas: La primera; mundana y militar, abarca sus campañas, sus ambiciones de conquistar las charreteras, de llegar á ayudante de órdenes del emperador, y, más tarde, á general. Era esta la equivocación de la juventud, era fácil error que la virilidad corrige, señalando el verdadero camino. Así y todo, muy diferente hubiese sido el vivir de Tolstoy, si logra sus aspiraciones. Tal vez figuraría entre los palatinos; acaso representaría á Rusia en Constantinopla. Una persona de mala voluntad le echó abajo su propuesta de ascenso, después de las campañas de Sebastopol y Malakoff, en que gloriosamente había tomado parte, y este hecho, mezquino pero desilusionador, empujó al conde á la vida de familia y del propietario territorial ruso, con yeguas, rebaños, cultivo en gran escala. Activo y emprendedor por naturaleza, Tolstoy aumentó su fortuna y disfrutó de una dicha patriarcal y doméstica muy cumplida, más de treinta años.

Al mismo tiempo, se consolidaba su reputación literaria, sobre base tan sólida y marmórea como las dos grandes novelas, *La guerra y la paz* y *Ana Karenine*, y de las bellas narraciones militares y preciosos cuentos que brotaban de su pluma. Al bienestar se unía la gloria. Era Tolstoy lo que puede llamarse un hombre venturoso; y él así lo creía, como creía, que su deber estaba cifrado en aumentar su hacienda, para bien de sus hijos y prolongación de su linaje, que, sin ser de los más históricos de Rusia, era sin embargo ilustre y señalado.

Al iniciarse la decadencia inevitable del cuerpo en los comienzos de la vejez; al aparecer las arrugas, las canas; al disminuir la fuerza y la alegría vital, reverdecieron en Tolstoy los misticismos y las perturbaciones de la adolescencia, y le entró una especie de tedio, lo mismo que si su existencia hubiese carecido de objeto, ó hubiese constituido una larga desorientación, y hasta una serie de delitos y pecados contra la moral y la humanidad. A esto se le llamó comunemente «la conversión de Tolstoy.» Y las señales de haberse convertido fueron el anuncio de que renunciaba á seguir escribiendo, y que se proponía repartir sus bienes entre los pobres, los *mujicks* y los vagabundos.

Ha observado un biógrafo de Tolstoy—y la observación tiene gracia,—que el reparto hubiese sido una falta de lógica. En efecto, ó el poseer es bueno, ó es malo. Si es bueno, no hay por qué repartir nada. Si malo y pecaminoso, el repartir es sencillamente echar á otros el pecado encima y si el pecado es cosa vitanda, no implica gran caridad el encajárselo al prójimo. Tolstoy ya no posee, pero posee el *mujick* Yegossóff. Hemos adelantado bastante.

Lo peor del caso es que Tolstoy, llegada la hora, ni repartió ni cesó de escribir. Y he aquí el capítulo en que digo que se le frustró la vida: he aquí lo que debió de constituir su tormento, y lo que acaso (pues todavía flotan sobre este suceso nieblas y dudas) le impulsó, al cabo de tantos años, á buscar un retiro lejos de su familia, encontrando, al buscarlo, la enfermedad mortal.

Cuando Tolstoy proclamó que rompía su pluma, el novelista Turgueneff le escribió una carta conmovedora, disuadiéndole y suplicándole que no hiciese tal. Y, en efecto, Tolstoy volvió á producir y publicar, no sólo libros de evangelización á su manera, sino novelas magníficas, entre ellas dos obras maestras, *La sonata á Kreutzer* y *Resurrección*. Y cuando proclamó que repartiría sus bienes, la condesa de Tolstoy se irguió, resuelta, para defender el porvenir de su prole. «No veo que nadie envíe á sus hijos á pedir limosna... Yo no lo consiento.» Decidida estaba la condesa á todo, hasta á poner en tutela é inhabilitar por pródigo á su marido. Con ser Tolstoy tan superhombre, la hembra venció. Luchaba por la cría... Era el gran instinto natural, alzándose ante la utopía, la enfermiza concepción del soñador despierto. La admirable naturaleza dictaba sus enseñanzas, contra los delirios de la mente. Era otra vez, y en otra forma, el caso del sacrificio de Ifigenia. El augur ha hablado; los dioses piden una víctima, Agamenón, el padre, consiente en que su hija sea llevada al altar y apague con su sangre el fuego sagrado. Clitemnestra salta como una leona. Y, estremecido, el esposo exclama:

*Voilà, voilà les cris que je craignois d'entendre:
Heureux si, dans le trouble où flottent mes esprits,
je n'avois toutefois à craindre que ses cris!
Hélas!, en m'imposant une loi si sévère,
grands Dieux!, me deviez vous laisser un cœur de père!*

Para la actual civilización, condenar á la miseria á una familia equivale á enviarla al ara del degüello. Tolstoy no tuvo valor para ejecutar sus planes. Adoptó una componenda. Fué el período en que, convirtiéndose en celda su dormitorio, vistiéndose como el pueblo, comiendo vegetales, haciendo zapatos y descalzándose los pies, creyó pagada su deuda á la humanidad. El segundo voto, el de no escribir, lo conmutó también por otro: escribir únicamente lo que concurrese á la defensa de sus ideas, al redentorismo que profesaba. Y corrieron años. Tolstoy envejecía con salud, con vigor, cercado de entusiasmos, de gloria universal, creciendo en celebridad, y hasta... ¡qué ironía!, en fortuna. Porque sus libros se vendían como pan bendito, las ediciones seguían á las ediciones, y la propia condesa hallábase muy satisfecha del giro que habían tomado las cosas. Generalmente se oye decir por ahí que Rusia es un país donde se persigue el pensamiento. Ello es que Tolstoy no fué encarcelado, ni deportado, ni azotado con el *kнут*. Al contrario. Si padecía sed de martirio, tampoco el martirio se le logró. Estaba de Dios que no fuese ni pobre ni víctima. El zar, lejos de molestarle, tuvo con él atenciones, y ahora le ha consagrado una respetuosa y afectuosa oración fúnebre.

Para colmo de buena sombra, tardó mucho la gente en darse cuenta de que el predicador enseñaba una cosa y practicaba otra; de que existía flagrante contradicción entre las ideas y la vida de Tolstoy. La inmensa mayoría creía—y tal vez siga creyendo—que Tolstoy era un asceta, y que había renunciado á todo, en aras de sus ideales.

Pensábase así, sobre todo, en el extranjero. A distancia, las leyendas se doran. En Rusia, sin embargo, empezaba á notarse la anomalía de aquel «penitente» que habitaba en una finca magnífica y á quien servían criados de frac y corbata blanca. Y aun fuera de Rusia, Max Nordau se hacía cargo, y en su aguzado estudio «El tolstoísmo» llamaba al amor de Tolstoy por los pobres y los desheredados «amor asaz platónico.» Dentro de Rusia, el espíritu penetrante de Mereskovsky, se encargaba de poner las cosas en su punto, y de llamar á Tolstoy hombre débil y sin voluntad, cuyas predicaciones no responden á nada en el terreno de los hechos. La acusación, cortés y benigna en la forma, era en el fondo temible, porque se basaba en los datos de la realidad. No había réplica. En vano, indulgente, el acusador convenía en que «á veces es signo de grandeza el querer, hasta si la voluntad no se cumple...» Lo que se desprendía, en resumen, era la impotencia de la voluntad de Tolstoy, sujeto, como cualquier burgués, por su hogar, su esposa, las conveniencias sociales, los hijos..., y condenando todo esto, la familia, la sociedad, la propiedad, la herencia, en libros violentos, que venían á acrecentar su herencia, su propiedad, su posición...

Y amaneció un día en que Tolstoy presintió que la muerte,—para él, desde la adolescencia, obsesión trágica,—se acercaba y aguzaba su hoz en el jardín de Iasnaya Poliana; que iba á llegar, antes que él, el apóstol de las gentes, hubiese hecho, en la práctica, nada que respondiese á la teoría... Y vino acaso algo más, que no conocemos aún; ese amigo de quien hablan los periódicos, y á quien el hijo de Tolstoy, llama «su ángel malo.» No podemos juzgar de todo ello sino por los hechos, que de la manera más escénica y teatral acaban de desarrollarse: la fuga del anciano á un convento; luego su salida de él, su comenzado viaje, en la plataforma de un tren de tercera, con un frío riguroso; luego, la pneumonía, los últimos instantes, lejos de los suyos, no queriendo recibir á la condesa, á la cual, por poco más, diría la frase consagrada: «Mujer, ¿qué hay entre tú y yo?» y que no sería sino el comentario de aquella otra, escrita cuando duraba la lucha entre el padre que quiere dejar á sus hijos frente á la necesidad, y la madre que no lo tolera: «La mujer no es nuestra compañera: es nuestro peor enemigo...»

Y así, á la hora suprema, Tolstoy, que no pudo vivir como el pueblo, murió por lo menos de haber sido pueblo unos instantes... Fin muy conforme á sus deseos, muy decorativo para la biografía, y, en suma, noble, porque el acto más sencillo se ennoblece mediante la intención.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.